

HACIENDO MEMORIA

► SU SALTO A LA FAMA

«Creo que fue con "Gigi". Esta función supuso un salto tremendo. Luego llegaron "Yerma", "Las criadas", etc. La que más me dio fue "Yerma"; la que más me gusta a mí, "Las criadas"».



► MOMENTO FELIZ

«El nacimiento y florecimiento de mis dos hijas, y el de mi nieta. Armando me llenó de momentos felices. La felicidad del éxito dura poco: llego a casa después del estreno y ya se me ha pasado la excitación».



► MOMENTO TRISTE

«La muerte de mi marido, Armando Moreno; la de mi madre, la de mi gran amigo Terenci Moix, la reciente de Alfredo Alcón, la de todos los amigos que se van yendo como nosotros iremos todos».



Sobreviviré

Nuria Espert / ACTRIZ Y DIRECTORA

«Soy una cantante de boleros frustrada»

Alberto R. Rodríguez



Salió por primera vez a un escenario con trece años y no se acuerda de la frase que dijo porque le quitaron el papel enseguida. Hacía de gatito en un cuento infantil y el mismo día del estreno la cambiaron por un chico de quince años, quizá para que el gatito maullara más fuerte. Y aunque Nuria no lo recuerde, puede que entonces se le grabara en el inconsciente la fragilidad e inestabilidad de su profesión, y también la brevedad del éxito y el tópico revoloteo de las mariposas en el estómago antes del estreno.

–Ha interpretado a los grandes. Resucite un autor para una cena larga.

–Federico García Lorca. Nos íbamos a reír un montón. Él era divertido, brillante, y yo procuraría ser graciosa.

–Actriz, directora de ópera... ¿Es una mezzosoprano frustrada?

–No. Soy una cantante de boleros frus-

trada. También me gustan mucho los tangos y la copla. Muchas veces son pequeñas obras maestras que te cuentan toda una historia en tres minutos.

–Ha hecho poco cine. ¿Sabe por qué?

–El teatro me adoptó a los 19 años y ya no me soltó. Tuve compañía propia a los 24 años con mi marido, Armando Moreno. Yo no me gustaba en el cine, y Armando pensó que no era lo mío.

En realidad, aclara veloz, ella no se gusta en ningún sitio: «Sé mantenerme a distancia, autocrítica, fría; soy benévola con todos menos conmigo». Ahora interpreta «La violación de Lucrecia», de Shakespeare, en el Teatro de la Abadía. Ella sola en escena con un monólogo en el que da voz a los múltiples personajes del poema. Un gran esfuerzo, incluso físico.

–Me dijo en alguna ocasión que los actores son muy masocas...

–Sí, solemos elegir lo más duro, como los bailarines, que cuanto más les sangran los pies, más contentos están. Yo, más que sangrar, sufro conmociones, desgarros interiores. Me cuesta respirar y parece que el corazón va a pararse. Pese a eso, los actores vivimos muchos años.

–Para seguir ahí, en el escenario, dicen que hace falta suerte, salud y memoria. ¿En ese orden?

–Yo diría salud, memoria y suerte. Y que el público siga interesado en ti.

–La obra habla de honor, poder, abusos... ¿Mujer de honor?

–Me gustaría ser una mujer honorable. Creo en el honor, pero no en aquel por el que se batían a espada los hombres.

«Pienso en mis nietos y veo tiempos oscuros para ellos»

Los honores recibidos, muchos, le vinieron por sorpresa, cuenta. A los 18 años le hizo una entrevista el gran Manuel del Arco por su éxito en «Medea»: «Estaba muy emocionada y no sabía qué responder; la he vuelto a leer hace poco (alguien la recuperó) y mis respuestas son de una presunción... Bueno, creo que a los 18 años está permitido decir tonterías, despendolarse un poco». Su poderle viene, dice, de su vocación, «soy devota de esta profesión, esa devoción que te lleva a trabajar enferma, a tomártelo todo muy a pecho, a ser muy seria y severa...»

–El abuso de los hombres. ¿Lo ha sentido alguna vez?

–Nunca. No he sentido el machismo. Me valoraban más por ser mujer. Durante el franquismo fui la primera mujer que hacía esto o lo otro. Y luego, en el teatro la mujer no ha cobrado nunca menos que un hombre por un papel igual.

–Así que jamás ha querido ser hombre...

–Jamás. Quitando a dos o tres, los hombres no me gustan. Los pobres están convencidos de su superioridad, nos creen frágiles, poéticas. No saben cómo manejarnos.

–Lo más importante que le ha sucedido en su vida fue Armando Moreno...

–Estuvimos 39 años felizmente casados, como suele decirse. Sí, lo más importante de mi vida han sido mi marido y mi madre. Armando me hizo, me enseñó, me dirigió cuando yo era joven. Luego cambiaron los papeles y fuimos socios, más amigos y más iguales.

Nuria es pudorosa: le cuesta atravesar un restaurante hasta los servicios, «pero en el escenario soy capaz de cualquier cosa». Se ha tirado siempre de cabeza a las obras que le hacían crecer, «aunque nunca se crece lo suficiente». Lectora enfermiza, su temor es el retroceso que sufrimos por la crisis: «Pienso en mis nietos y veo tiempos oscuros para ellos».

–¿Y cómo se ve en el espejo?

–Fantástica. Me digo: ¿es posible que tengas casi 80 años? Nunca pensé que llegaría así a los 78.

Lo peor de envejecer, confiesa, es querer ser más joven de lo que eres, no estar a gusto con tu edad. No piensa en la muerte y anuncia, como María Dolores Pradera, que ella ya está viviendo en su futuro. En su dormitorio, donde antes tenía un marido ahora tiene una cinta de andar, y cuando le apetece, anda. Son los cambios.

AMILIBIA